

Biografías, subjetividad y ciencia social. Crítica del enfoque biográfico desde una investigación empírica

Marie-Jose Devillard,
Álvaro Pazos,
Susana Castillo,
Nuria Medina
Eva Touriño

Introducción

Los temas desarrollados en este trabajo provienen básicamente de las elaboraciones y discusiones teóricas planteadas durante las primeras etapas de una investigación sociológica sobre la construcción socio-cultural de la persona (de la identidad y la subjetividad). La investigación en marcha tiene por objeto prioritario la reconstrucción de los procesos de construcción subjetiva entre «niños de la guerra» españoles, evacuados durante y tras la guerra civil a la antigua URSS, de la que algunos retornaron en los años cincuenta, otros están volviendo o planteándose su regreso en la actualidad, y en la que otros, en fin, decidieron quedarse definitivamente¹.

Las características del material con que trabajamos, así como sus limitaciones específicas, han ido orientando nuestras reflexiones en una línea definida. Así, el intento de restituir la historia objetiva replantea una y otra vez la problemática de una historia oral, levantada a partir de reconstrucciones verbales presentes: si los acontecimientos del pasado condicionaron de alguna manera las prácticas, representaciones y discursos actuales, no se puede pasar por alto que el conocimiento intenso de ese pasado² viene en buena medida de las palabras de quienes en (y para) la actualidad lo reconstruyen. La producción verbal autobiográfica parece informar fundamentalmente, por tanto, de la subjetividad de los agentes, y no tanto del modo como en su momento se vivieron los sucesos sino de la manera como es construido hoy el recuerdo y el olvido. Ahora bien, dicha construcción subjetiva debe de-sustancializarse, a su vez, alejándola de cualquier proyecto comprensivo-interpretativo y reforzando el interés por la objetivación de procesos sociales. De ahí que subrayemos las siguientes dimensiones que nuestro acercamiento al tema no quiere perder: el énfasis constante en las condiciones históricas, sociales, económicas y políticas de esa producción discursiva, de esa puesta en orden; el restablecimiento de los juegos sociales en donde la historia de los agentes en cuanto que dimensión de su identidad, o lo que ellos consideran la «verdadera» historia, constituye un importante objeto en juego; el reconocimiento de la situación de entrevista donde se producen los recuer-

dos autobiográficos como uno más de esos juegos o prácticas sociales en que la memoria, la identidad y la subjetividad de los agentes se compromete, antes que como un canal privilegiado para acceder a la experiencia o vivencia interior de la persona.

Podríamos decir, en definitiva, que es la problemática de la reinserción de los agentes y de la subjetividad en los análisis sociológicos la que nos hemos planteado con mayor intensidad, en un diálogo crítico con investigaciones y desarrollos teóricos que enfocan esta problemática en relación a un método especialmente adecuado para los objetivos y material con que trabajamos: la biografía.

Las limitaciones del «enfoque biográfico»

El interés del denominado «enfoque biográfico» parece residir fundamentalmente en que permite sacar todo el partido de lo que sus defensores consideran el elemento definitorio básico de la sociología: la cuestión de la subjetividad, tanto del investigador como del agente. La «apuesta básica» del método biográfico consiste entonces, tal y como plantea la cuestión un autor como Ferrarotti, en la atribución al punto de vista subjetivo de un «valor de conocimiento», y, relacionado con esto, la situación decidida en el campo de lo cualitativo (Ferrarotti, 1982: 128).

La conciencia de que, en la consideración de la sociología, es un elemento de primera magnitud la subjetividad del actor-informante, esto es, el reconocimiento de un valor cognoscitivo, nunca bien determinado, al agente investigado está relacionado, por lo demás, con el papel que se atribuye a la experiencia del investigador, lo que condiciona la noción que se tiene del intercambio entre uno y otro, es decir, de la situación misma de investigación. Dos temas aparecen, pues, para la reflexión: en qué sentido interesa y se reintroduce aquí la subjetividad, y, en segundo lugar, cómo se considera la subjetividad del investigador, tanto para proporcionar explicaciones sociológicas como para caracterizar la relación (personal) con los sujetos investigados.

Con respecto al primero de estos puntos, es preciso subrayar ante todo la ambigüedad del planteamiento de Ferrarotti: en realidad, no se sabe si se trata de dar importancia a las representaciones de los agentes, y a dimensiones de la realidad social ininteligibles cuando no se consideran dichas representaciones; o si se les supone un valor de conocimiento teórico, con lo que, en el límite, se reivindicaría una especie de sociología indígena o *emic* que haría innecesaria la ruptura científica con las preconociones. Aparte de las consecuencias en lo que a la concepción del método se refiere, el reconocimiento, más o menos declarado, del valor heurístico de la perspectiva de los agentes implica, en última instancia, un concepto de subjetividad constitutiva, originaria o incondicionada.

Puede advertirse con claridad esta implicación cuando se considera lo que Ferrarotti denomina la función sintetizadora de la praxis humana y de la biografía en cuanto que tal praxis. Dado que la esencia del humano es el conjunto de relaciones sociales, «toda praxis humana individual —arguye Ferrarotti— es actividad sintética, **totalización activa de todo un contexto social. Una vida es una praxis que se apropia de las relaciones sociales** (las estructuras sociales), **las interioriza y las retraduce en estructuras psicológicas por su actividad desestructurante- reestructurante**» (*op. cit.*, la negrita es del autor 134). De acuerdo con las premisas sartreanas que aquí se están manejando, la praxis individual, y, por tanto, la vida del individuo, aparece no tanto como producto de una génesis social sino como actividad autónoma de apropiación de la realidad estructural. De esta manera, parece como si el acercamiento a lo individual eximiera de un análisis diferente de lo social.

Obsérvese, además, que si el relato es una «totalización sintética de experiencias vividas», lo es menos en tanto que un acto más, como Ferrarotti pretende (p. 136), que como tal relato. Si narrar una praxis es siempre una actividad de síntesis, parece necesario plantearse, entonces, hasta qué punto el planteamiento de Ferrarotti no impide apreciar en toda su complejidad las diferencias y las relaciones, para nosotros esenciales, entre relato y realidad.

El paso de la biografía individual a la biografía de grupo no contribuye a superar estos problemas, sino que los agrava. Es verdad que hay en Ferrarotti un interés por introducir el contexto social o el «horizonte histórico» sobre

el que debe proyectarse a los individuos, y una preocupación por desmarcarse tanto de una consideración atomística, individualista de lo social, como de una perspectiva radical de la interacción. La relación entre sociedad e individuo, sin embargo, dista de estar bien planteada. Lejos de preocuparse por análisis complementarios de estructuras e interacciones (relaciones, situaciones), o por los mecanismos concretos de aquella interrelación, Ferrarotti pretende reunir lo individual y lo colectivo en una más bien confusa apelación al método «progresivo-regresivo» y al «problema de las mediaciones» de Sartre³.

En realidad, Sartre no logra con su aparato analítico dar cuenta de los mecanismos socio-culturales que hacen posibles las diferentes prácticas de los individuos, que las constituyen porque constituyen a éstos, así como del carácter intersubjetivo de toda realidad social, que se pierde en cuanto se reifican los conceptos sociológicos. Más bien, Sartre viene a reunir la idea de lo social inerte, heredada de los modelos estructurales, y un concepto de libertad o autonomía, presente en la apropiación de estos modelos por los sujetos, sin poder explicar, no obstante, esas «mediaciones» que salvarían el abismo abierto por él mismo entre «en-sí» y «para-sí», y en donde lo que prima finalmente es la praxis libre del sujeto (individual o colectivo) (Bourdieu, 1991: 80).

Esa reunión de materialidad social y praxis libre podemos detectarla igualmente en las obras de Ferrarotti, en donde parecería que se intenta aglutinar, con pretensiones dialécticas, las ventajas de todos los enfoques sin clarificar el modo como se conectan. Siendo tan importante el tema tratado, esperaríamos una mayor explicitación de los conceptos que intentan informar de las relaciones entre la estructura y la acción social⁴. Ahora bien, si de la influencia de la sociedad sobre los individuos, y de la labor de producción y reproducción individual de las estructuras sociales (que son procesos relacionados pero distintos) se da cuenta con un mismo concepto («totalización») y una única función, no hacemos sino suplir el esfuerzo conceptual de clarificar y distinguir mecanismos concretos por vagas nociones con las que, a la postre, se puede significar cualquier cosa.

De hecho, el concepto básico en que se resumen finalmente las totalizaciones, el de «mediación», se reduce a la noción de «grupo prima-

rio», simplificando toda la problemática de aquellas relaciones⁵. En cuanto que participe a un tiempo «de la dimensión psicológica de los miembros que lo constituyen y de la dimensión estructural de un sistema social», el grupo pequeño aparece como el campo de observación y de análisis propio de la sociología, la región mediadora entre estructura e individuo. La praxis de que se habla es, pues, una praxis grupal, y la actividad de síntesis lo es de y en el grupo. Esta progresiva transformación (desplegada con claridad a lo largo de su artículo «Acerca de la autonomía del método biográfico», o en **Historia e historias de vida**) del interés por el individuo en interés por el grupo, que parece querer rescatar así las dimensiones sociales y resolver los problemas de una perspectiva que siempre correría el riesgo de verse como individualista, desemboca lógicamente en una conversión del método mismo, centrado ahora en la biografía de los grupos (1993: 126).

Pero ¿se resuelven así efectivamente los problemas derivados de la dualidad individuo/estructura? Ya hemos dicho que la sutura sólo puede venir de un interés por las «instituciones y los agentes socialmente constituidos» (Bourdieu). Pero en el planteamiento de Ferrarotti, además de la anulación de las instituciones, tenemos, en realidad, pocas indicaciones de lo que son y el modo en que funcionan concretamente los grupos. Están, en primer lugar, los problemas metodológicos relativos a la construcción de las biografías de grupo (¿son una suma de biografías individuales?, ¿una especie de tipo ideal?...), que el mismo Ferrarotti reconoce, aunque según sus propios presupuestos sobre la biografía como síntesis y la pérdida de sentido del tema de la representatividad, tales problemas no deberían constituir ninguna cuestión grave para él. De manera más general, debe tenerse en cuenta que la noción misma de praxis grupal es equívoca. Si pocos indicios teníamos para saber en qué consistía exactamente una actividad sintetizadora individual, los mecanismos mediante los que el grupo «sintetiza» son aún menos claros. En este sentido, la «praxis» nos parece un concepto totalmente opuesto en su rendimiento analítico a otros aparentemente similares de la teoría sociológica, como el concepto de «prácticas» de Bourdieu. Si éstas, que sólo pueden entenderse en relación con los «campos» en que se desarrollan y, por tanto, en relación con las tensiones entre fuerzas sociales y los

objetos en juego que definen esos campos, son prácticas generadas en el espacio social, cuya estructura y dinámica total debe restablecerse para restituir también las cualidades y la complejidad propias de esas prácticas, la noción de «praxis», sin embargo, no puede sino reducir las dimensiones que hacen complejos los procesos sociales reales, al unificar todas las prácticas y reconocer tan sólo un tipo de actividad, sintetizadora, con una función única sea cual sea el sujeto que la lleva a cabo (sociedad, grupo, individuo...) o la situación de los «grupos» en el espacio social.

Ferrarotti tiene razón al recordar que «individuo» e «interacción» son producto de lo social antes que unidades básicas de la sociología, pero no proporciona las herramientas válidas para su intelección, y nos preguntamos si no proyecta sobre el concepto que debería dar cuenta de esa producción (el grupo) todos los elementos que hemos ido viendo aparecer en las biografías individuales. La praxis grupal sigue siendo, en efecto, actividad constitutiva, genérica y autónoma, sintetizadora de las realidades estructurales, en la medida que de la realidad del grupo se resaltan básicamente los aspectos activos o productivos, no sus características como producto de una génesis y como realidad continuamente cuestionada, producida y reproducida.

¿Hemos resuelto verdaderamente el problema, o hemos reificado, más bien, aquellas «mediaciones» —se suponía que debía ser un concepto relacional— como nueva sustancia indivisible del análisis?, ¿no será el grupo también, antes que esa unidad básica que quiere Ferrarotti, un «producto sofisticado» como el autor nos dice del individuo? ¿No es aquí el grupo la nueva realidad, cuya existencia el análisis no cuestiona, en donde se pierde de nuevo la complejidad de lo social? Con más fuerza todavía cuando, en lugar de observarlo como producto y objeto de estrategias, se reduce toda su actividad a sus «totalizaciones» y se antropomorfiza, además, explícitamente al colectivo para escapar de los modelos mecanicistas⁶. El concepto de «mediación», que podría haber concretado sociológicamente la noción filosófica de «síntesis», resulta, en definitiva, tan oscuro y equívoco como ésta, y no sólo porque remita a unos grupos reificados como unidades del análisis y de la acción social, sino porque además Ferrarotti lo utiliza en muy diferentes contextos y para

referirse a procesos y relaciones distintos (entre sociedad e individuo, investigador y sujeto investigado...), mezclando niveles que el rigor de la investigación debería distinguir⁷.

A la equívoca inserción de la subjetividad de los agentes en el análisis, le complementa el papel que se hace desempeñar igualmente a la subjetividad del investigador. No en el sentido de las reflexiones antropológicas postmodernas sobre la experiencia etnográfica (a lo Rabinow) pero sí como interés por la precomprensión. Del mismo modo que parece afirmarse el valor cognoscitivo del punto de vista del informante, lo fundamental del conocimiento sociológico, de su conceptualización y análisis deriva de las preconociones de los investigadores. Es lo que justifica que Ferrarotti parezca interesarse por la «ecuación personal» sólo para recuperar los prejuicios sociales del teórico, y ponga en un plano de igualdad en situación de «co-investigación» los conocimientos «sociológicos» del investigador y del investigado, los dos fundamentados en la experiencia social previa⁸.

La noción general del método que aquí se mantiene es hermeneútica (1982: 126-127): si el análisis sociológico se caracteriza en primer lugar porque disuelve o fragmenta las «síntesis» que llevan a cabo con sus «praxis» los sujetos (individuos o grupos), se trata de restituir la función sintetizadora de la sociología misma, su función humana. Con tales premisas generales, se entiende que la relación entre investigador y sujetos investigados sea considerada como relación intersubjetiva, donde lo que importa es el encuentro de sujetos sociales con fines comunicativos⁹. Basándose en la condición social del investigador, y en que su teorización aparece siempre entreverada con prejuicios, se termina por enfocar tan sólo lo que de relación social o personal tiene la situación de investigación, olvidando que, independientemente de los intereses (sociales, políticos, económicos...) que pueda satisfacer su trabajo o de sus posibilidades de aplicación, las preguntas, motivaciones y problemas con que se presenta el investigador ahí son en primer lugar teóricos. Se resuelve así la sustitución falaz de la técnica sociológica por una relación de talante personalista¹⁰.

No negamos que las entrevistas en profundidad precisen, por la calidad e intensidad del material que se trata de extraer, y a diferencia de

la realización de cuestionarios, por ejemplo, el establecimiento de una relación peculiar entre entrevistador y sujeto entrevistado. Más aún, cuando el objeto de las entrevistas es llegar a reconstruir biografías o los temas de estudio se refieren directamente a la complejidad de experiencias subjetivas de los agentes. En este sentido, estamos de acuerdo con Ferrarotti en que durante las entrevistas debe mantenerse en cierta medida la relación característica de la cotidianidad. Es decir, en determinados momentos de las entrevistas, o en determinadas entrevistas, lo adecuado es alcanzar el nivel y las formas de interacción propias de la vida cotidiana de los sujetos. El problema es el concepto de «cotidianidad» que maneja Ferrarotti; la impresión que produce en ocasiones éste es la de pensar que el único objeto que importa de la vida social es el intercambio y la profundización del conocimiento personal e intersubjetivo, objeto que, por lo demás, se habría ido devaluando en la era de la «comunicación» (véase la 1.^a parte de **La historia y lo cotidiano**). Se supone que tal debe ser igualmente el objetivo, la justificación última y el carácter de las técnicas sociológicas; el ideal de la situación de entrevista es así un concepto humanista de diálogo que supuestamente existió en otras épocas o en otras culturas y que, sacralizando la situación y el discurso del informante, lo único que hace es impedir su objetivación y control¹¹. Lejos de resaltar los aspectos que hacen de la situación de entrevista una situación social más, con las estrategias y los intereses, los objetos en juego propios de toda situación (y que condicionan el tipo de discurso que se emplea), el autor subraya su carácter privilegiado, marco de producción de un discurso especial, auténtico, que nada tendría que ver con los actos de habla habituales, y que nos permitiría el acceso a la interioridad de las personas.

Lo que está en juego en estas definiciones y discusiones en torno a las biografías es realmente el estatuto de la sociología como disciplina. De un lado, su negación como ciencia, que implica también la negación de una problemática metodológica, la aceptación de la biografía como síntesis o totalización, la consideración del trabajo del investigador con los informantes como relación personal (más que social). De otro lado, su afirmación como ciencia social, el reconocimiento, por tanto, de una problemática centrada en la génesis y uso de las formas auto-

biográficas, y la consideración de la conversación entre investigador y sujetos investigados como técnica de investigación. La reinserción de la subjetividad de los agentes (esto es, de sus ideas, representaciones, recuerdos, vivencias, etc.) en el análisis plantea, en uno y otro caso, distintas cuestiones, pues se efectúa con presupuestos y con fines muy diferentes.

Buena parte de los inconvenientes que presenta el «enfoque biográfico» radican en el paso injustificado desde unas reflexiones metodológicas y teóricas motivadas por el uso de las biografías en ciencias sociales, a una noción sustantiva del método como elemento nuclear, específico y diferenciador de la sociología en cuanto que saber de talante interpretativo o hermenéutico. En «La perspectiva biográfica: validez metodológica y potencialidades», Bertaux expone acertadamente aquellas reflexiones; su análisis nos servirá para contrastar la noción sustantiva de las biografías, cuyo paradigma hemos encontrado en Ferrarotti, con lo que consideramos realmente válido de su problematización sociológica.

Conviene señalar, en primer lugar, que en este trabajo de Bertaux, y a diferencia de las elaboraciones más ambiciosas sobre el «enfoque», lo particular no interesa por ser particular, sino que las biografías resultan ser ante todo un instrumento para acceder a dimensiones de procesos generales que otras técnicas no permiten recoger. A ello obedece el que la biografía, considerada ante todo como técnica y no como una «síntesis» que interesa en sí misma, suscite cuestiones de tipo metodológico que un acercamiento como el de Ferrarotti no contempla: el tema de la representatividad, por ejemplo, que se intenta resolver proponiendo el concepto de «punto de saturación», o los riesgos de la llamada «ideología biográfica», sólo perceptibles en cuanto uno se percata de las condiciones reales de producción de toda biografía.

«La saturación es el fenómeno por el que, superado un cierto número de entrevistas (biográficas o no), el investigador o el equipo tienen la impresión de no aprender ya nada nuevo, al menos por lo que respecta al objeto sociológico de la investigación» (156-157, n. 39). Bertaux señala, dentro del campo de los estudios biográficos, la correlación entre aquellas investigaciones que presentan un marcado interés por objetos de tipo simbólico y el manejo de pocos relatos; y, de otro lado, entre el interés por objetos de tipo

socio-estructural y la disposición de un número más elevado de relatos. Aunque no sea ésta exactamente su intención, se apunta así, a nuestro parecer, al riesgo que conlleva el manejo de pocos casos o de un caso privilegiado, más aún cuando ese interés por lo singular se fundamenta teóricamente en una noción como la de «síntesis», que hemos criticado más arriba: corremos el riesgo, entonces, de olvidar las realidades sociales con que debe relacionarse constantemente la producción simbólica. El «punto de saturación», el planteamiento como problema de la representatividad de las biografías supone, en definitiva, el refuerzo de una consideración científica (que no tiene por qué ser nomológica) de la sociología (en contra de las pretensiones de la hermeneútica, que tenderá siempre a contemplar esas biografías como totalizaciones singulares), la idea de una ciencia social interesada en las estructuras que dan cuenta de unas vidas que, bajo su aparente diversidad y especificidad, responden a pautas relativamente comunes¹².

Los relatos recogidos a partir de las entrevistas, fragmentarios e incompletos en principio, son progresivamente unificados en una historia de vida en aras de la restitución de una biografía, que es producto, fundamentalmente y en primer lugar, de la entrevista misma, de los objetivos y condiciones que esta entrevista impone. Es, pues, además de las predisposiciones de los agentes, el método mismo el que puede producir esa «ilusión biográfica» de que habla Bourdieu¹³: los diversos acontecimientos de las trayectorias de los agentes son así reunidos en una historia cerrada, una «vida» considerada como unidad de sentido. De esta manera, la narración totaliza y da una orientación significativa (mediante los mecanismos retóricos y la reflexión sobre sí que el investigador induce) a la dispersión de acontecimientos que si se adecúan a un orden objetivo es, más bien, a la articulación de las estructuras sociales de la que las ciencias sociales deben dar razón. En lugar de fetichizar la biografía, «historia única de un individuo único portador de la inefable condición humana» (como denuncia Bertaux (1993: 162)), o pretender que es una síntesis singular del plano estructural que ahorra un análisis específico de éste, el investigador debe contemplarla como significación **a posteriori** que el sujeto produce en determinadas condiciones, y estudiarla como tal producto en su relación con la estructura:

«Esta «totalidad», por lo demás, no es una, fragmentada por completo y dividida como está por el juego de circunstancias, de fuerzas sociales incontrollables de acontecimientos colectivos que invaden la vida independientemente de nosotros (guerra o paz, crecimiento o crisis). Por el contrario, resulta del máximo interés saber cómo cada uno y cada una se esfuerza en contar la historia de una serie de contingencias como historia de un desarrollo unitario. En describir una línea rota por fuerzas exteriores como un itinerario querido y elegido desde el interior. En comprender cómo los seres humanos hacen para construir una unidad de sentido de la que su vida real ha sido desprovista. Sabemos que hacer el relato de la propia vida no es vaciar una crónica de acontecimientos vividos, sino esforzarse por dar un sentido al pasado, y por ello mismo a la situación presente, incluso en lo que contiene de proyectos. Los sutiles mecanismos de esta «semantización» están muy poco explorados. Se trata, por regla general, de bricolajes personales que utilizan como materiales de base elementos de sentido, o **semas**, tomados del universo socio-simbólico que nos rodea» (163-164). La cita nos parece relevante, pues recalca lo que de re-construcción posterior a la acción tiene la biografía o la autobiografía, algo que la remite ante todo a sus condiciones de producción. Pero, además, subraya la tensión entre esa producción simbólica unificadora y la realidad social, indicando un camino para el análisis y uso de la biografía que nos parece radicalmente opuesto al que mantiene Ferrarotti o incluso el mismo Bertaux en textos menos complejos que el citado.

En este mismo sentido, el historiador italiano Giovanni Levi ha profundizado en la complejidad propia del uso de biografías en ciencias humanas, y en lo que podríamos llamar la «tensión autobiográfica» entre una línea de acontecimientos lineal y única, marcada por determinados sucesos nucleares, y la diversificación de trayectorias que es posible advertir más allá de ella; tensión, igualmente, entre un relato impulsado por una pulsión sintetizadora, y la presencia en el relato mismo de contradicciones, rupturas y olvidos. Aunque la biografía no sea un elemento que define sustantivamente a la sociología, permite abordar de un modo especial cuestiones básicas de la ciencia social. Entre ellas Levi subraya tres, que en muchos trabajos sobre biografías son obviadas, y que nos parece

que en nuestra investigación han surgido reiterativamente.

En primer lugar, el problema de las relaciones entre reglas y prácticas, y, más específicamente, el rol desempeñado por las incoherencias entre normas (no sólo entre normas y prácticas). Esto es, el tema general del determinismo y de la libertad. Como señala Levi, no existe un único conjunto normativo, sino normas diferentes, que dejan intersticios y crean contradicciones en el espacio donde actúan los agentes¹⁴.

Una reflexión, en segundo lugar, sobre la racionalidad de que se trata cuando se describe a actores históricos. Con frecuencia, la biografía proporciona una imagen de una vida llevada a término de acuerdo a un plan o proyecto racional, por un actor plenamente racional «que no conoce dudas, incertidumbres ni inercia», elementos que, sin embargo, aparecen una y otra vez en las autobiografías a poco que se sepa interrogar los relatos.

Finalmente, el problema de la prioridad de lo grupal o colectivo sobre lo individual, que es en muchas ocasiones entendido de acuerdo a una noción del grupo como entidad ya dada, dotada de una estabilidad y cohesión incuestionables. Frente a ello, y en una línea cercana a la crítica que hemos expuesto más arriba, Levi propone atender a la construcción de los grupos y de las representaciones sociales, que antes que realidades dadas son objetos en lucha, para poder así recoger también toda la complejidad de la relación grupo-individuo.

En definitiva, el análisis de la biografía no es análisis de una «síntesis», hermeneútica interna de un relato, de una unidad autónoma, sino que tendrá en cuenta la situación social en que se produce el discurso autobiográfico, las estrategias y los múltiples y diversos modos como las estructuras sociales se actualizan en la relación social entre esos agentes sociales que son investigador y objetos de la investigación. Además, estarán los condicionantes sociales y culturales de la forma autobiográfica como relato, y los condicionantes sociales y culturales, por tanto, de su lectura. Aquí, lo individual a que se refiere directamente la biografía se remite al nivel socio-cultural que es propiamente el objeto de la sociología (Bertaux, 1993: 167-168). Y, como el mismo Bertaux señala, tan necesarios parecen desde este punto de vista los análisis objetivistas de las estructuras sociales como la interpretación de las representaciones y vivencias subjetivas,

la complementariedad, en suma, de las técnicas cuantitativas y cualitativas.

Podríamos, ciertamente, preguntarnos si el planteamiento dicotómico de la cuestión epistemológica en sociología que muchos investigadores, tanto interpretativos como científicistas, continúan utilizando (explicación/compreensión, nomológico/idiográfico...) permite algún esclarecimiento¹⁵, o si no es en realidad uno más de esos dualismos en que frecuentemente se ve atrapado el sociólogo sin otra salida que las dos establecidas. La posición de la sociología (como la de cualquier ciencia) obedece menos al método, o al empleo de técnicas cuantitativas o cualitativas (unas y otras son herramientas válidas para el sociólogo dependiendo de sus objetivos particulares), que a la ruptura que la define como **punto de vista teórico**, ruptura que los partidarios del «enfoque biográfico» niegan¹⁶ y que es preciso llevar a cabo para recordar que el conocimiento sociológico no es estructural ni funcionalmente equivalente a un conocimiento de sentido común, aunque aparezca entremezclado con prenociones (que la vigilancia epistemológica debe controlar).

Esta ruptura con las evidencias del mundo de sentido común (Bourdieu, 1991: 27), que dan su apariencia de inmediatez a las vivencias subjetivas, es la condición de un conocimiento teórico en ciencias sociales, que se construye siempre en contra de esta sociología y psicología espontáneas. La subjetividad de los agentes aparece precisamente articulada gracias a estas prenociones, ese lenguaje cuya crítica debe ejercer el trabajo teórico, y que el «enfoque biográfico» (como otros intentos «cualitativistas») pretende conciliar, no sabemos muy bien cómo, con el lenguaje teórico de la sociología. Desde este punto de vista, por tanto, la relación del investigador con su objeto es importante, pero no por el valor gnoseológico de la precomprensión sino, precisamente, por todos los peligros que esta relación de precomprensión comporta, por los olvidos y errores sistemáticos a que inadvertidamente (debido a los presupuestos desconocidos o denegados) conduce (*Op. cit.*: 28-29).

Si la perspectiva de los agentes resulta aquí relevante, por tanto, es menos debido a su valor teórico o a una voluntad humanista de restitución de las personas, que al hecho de que forma parte de la realidad que se estudia: el conjunto de representaciones y vivencias subjetivas son el nudo de lo que Bourdieu denomina **illusio**, esto

es, de la inmersión en los campos sociales, la manera como están constituidos e implicados los agentes en los diferentes juegos sociales. Además, ese sistema de discursos y prácticas, producto de unos determinados **habitus**, contribuye a la producción y reproducción del mundo social para los agentes. De manera que una segunda ruptura, esta vez con el punto de vista objetivista o teórico, pretende recuperar no tanto la subjetividad como praxis incondicionada, sino el punto de vista práctico (*Op. cit.*: 50), el modo como los agentes (socialmente constituidos) están insertos en la realidad social (los operadores de su relación vivida con el mundo y consigo mismos); y esta segunda ruptura en ningún caso supone una dimisión del proyecto científico (*Op. cit.*: 29). La segunda ruptura que Bourdieu propone, remite, por tanto, a una «teoría de lo que es ser indígena», pero que está en las antípodas de una fundación de la comprensión sociológica sobre la «teoría espontánea de la comprensión como “ponerse en el lugar”» (*Op. cit.*: 41), y en las antípodas de cualquier noción del trabajo de campo, de la entrevista o de las técnicas sociológicas en general, como encuentro intersubjetivo.

Sí por algo se caracteriza el «enfoque biográfico» y la concepción de la subjetividad que mantiene, es, finalmente, por una reintroducción del agente que supone (o parece suponer en muchos casos) la negación o la abolición de la ciencia social, de la ruptura epistemológica con las preconcepciones y el mundo de sentido común. Nos parece que la condición para realizar ciencia social es, precisamente, una ruptura clara con este mundo pre-objetivo, acompañada de una construcción del objeto. Esta ruptura lo es con las nociones de sentido común y las representaciones subjetivas de los actores, pero también con las del propio investigador, que vigilará constantemente la posible influencia de sus experiencias y su biografía en la descripción y análisis de las realidades sociales. La inserción de las representaciones propias de los agentes forma parte de una segunda ruptura, que en ningún caso implica, no obstante, la introducción en el análisis de una subjetividad considerada como experiencia o vivencia primordial, dominio socialmente incondicionado, que niegue el valor del análisis objetivador, sino que se trata de la consideración de un campo subjetivo constituido, cuya génesis social justamente es preciso analizar.

El caso de los niños de la guerra

El objetivo del trabajo que estamos llevando a cabo, y que ha motivado nuestra reflexión sobre el tema de la subjetividad y el uso de las biografías en ciencias sociales, es básicamente, como hemos indicado más arriba, la reconstrucción de los procesos de construcción subjetiva e identitaria entre «niños de la guerra» españoles evacuados a la Unión Soviética. Entre 1937 y 1939, durante la Guerra Civil española, una gran cantidad de niños procedentes de la zona republicana fueron evacuados con objeto de evitarles las consecuencias de la contienda. Fueron muchos los países que recibieron a niños en estas condiciones, pero, entre todos, los casos de la URSS y de México (los «niños de Morelia») han sido especialmente relevantes tanto por lo numeroso de los grupos como por las condiciones en las que han evolucionado posteriormente. El colectivo que en la historia de España se ha conocido como los «niños de la guerra» está constituido por el caso específico de aquellos que fueron enviados a la URSS. Aunque las trayectorias seguidas por los componentes de este grupo han sido diferentes según cada caso, podemos sin embargo trazar una línea con los hechos comunes a todas ellas.

Fueron aproximadamente 2.800 niños, de edades comprendidas entre los 3 y los 12 años, para los que la evacuación supuso la separación respecto del medio familiar y cultural de origen. Por diversas razones (fundamentalmente políticas) dicha separación se mantuvo hasta edades tardías, ya que este grupo no pudo regresar a España una vez finalizada la guerra. Por tanto, permanecieron en la Unión Soviética y su socialización se desarrolló en el contexto de este país. Durante la edad escolar, los «niños de la guerra» fueron asignados, según determinados criterios, a «casas de niños» situadas en áreas geográficas diferentes, en las que vivieron en régimen de internado en convivencia exclusiva con otros niños españoles. Cabe decir también que entre el personal que se encontraba a su cargo, hubo tanto maestros y educadores soviéticos como españoles, lo que contribuyó a que el proceso de socialización fuese mixto desde el punto de vista cultural y lingüístico. Transcurridos los

primeros años en las «casas de niños», las trayectorias comenzaron a diversificarse. Debido a la entrada de las tropas alemanas en la URSS, durante la II Guerra Mundial, gran parte de los niños sufrieron una segunda evacuación hacia otros puntos del país. Al terminar su estancia en las «casas de niños», algunos ingresaron en «casas de jóvenes» (aproximadamente a los 14 años) constituidas también especialmente para españoles. De una forma u otra, con el paso de los años comenzó su inserción en los distintos ámbitos de la vida académica, profesional, económica, familiar, y con ello su inserción en la sociedad soviética. Los años 1956-57 suponen un momento importante para la trayectoria de este colectivo, ya que las autoridades españolas permitieron el retorno de muchos de ellos. Unos 1.500 «niños» aproximadamente regresaron a España a partir de dicha fecha. En los últimos años, y al hilo de los diversos acontecimientos que han desmembrado la Unión Soviética, se han multiplicado las solicitudes de vuelta a España, y algunos han regresado efectivamente.

El conocimiento que se tiene hasta ahora de los hechos viene dado por algunos testimonios escritos y, sobre todo, por obras que son de carácter fundamentalmente histórico¹⁷. Estas últimas ofrecen una aproximación al tema y muestran la especificidad del caso, pero el conocimiento que nos proporcionan es reducido, por varias razones. En primer lugar, estos estudios comprenden una etapa muy corta de todo lo que hasta hoy ha sido la historia de los «niños de la guerra», dado que se limitan a reconstruir tan sólo los primeros años en la URSS y dan escasa información sobre los acontecimientos que tuvieron lugar después. Además, por el propio carácter histórico de estos estudios, el conocimiento que nos ofrecen es parcial, y no recogen la riqueza subjetiva de la rememoración que pueden hacer en sus propios relatos los actores. Por otro lado, la historia de los «niños de la guerra» no ha terminado, y es desde un presente que no puede separarse del pasado histórico como reconstruyen su historia.

Existe, por lo demás, una serie de elementos que hacen de los «niños de la guerra» un caso especial, diferente de otros casos de emigración, y que lo convierten en un objeto especialmente complejo e interesante, tanto para la historia como para la sociología: el marco institucional en que se produjo la salida y las condiciones de

evacuación fueron específicos; el proceso de socialización no se desarrolló en familias sino en casas de niños y de jóvenes; la ruptura con el país y medio de origen fue duradera, pero a la vez, y como consecuencia de lo que en un principio se trató como una situación transitoria (se pensó que la guerra terminaría pronto y con victoria republicana), existió la voluntad por parte de los dirigentes de mantener activa la cultura de origen, para lo que se favoreció el aislamiento relativo del grupo respecto de la sociedad soviética; en todo momento hubo una intervención activa de los partidos políticos en el desarrollo de los acontecimientos; las particularidades socio-políticas de la URSS; la formación de subgrupos hispano-rusos basados en gran medida en el hecho de haber compartido de forma prolongada circunstancias idénticas o comparables; la elaboración de un *pidgin* y de formas culturales hispano-rusas, así como la materialización de esta identidad grupal en matrimonios (endogámicos y mixtos), redes sociales, encuentros y celebraciones, grupos de presión, etc.

Los elementos conocidos de la trayectoria de los «niños de la guerra», que hemos resumido sucintamente, dan una idea de la complejidad propia del caso y de las posibilidades que su análisis presenta. Pensamos que esta complejidad deriva básicamente de los presupuestos siguientes:

— la pluralidad de variables que se entrecruzan, explican, dan sentido e intervienen en las historias de vida, y el uso operativo que sus protagonistas hacen de su experiencia.

— las diferencias previsible en función del juego que se instaura entre las condiciones históricas y socio-políticas generales y las situaciones particulares (en razón de sexo, edad, origen, profesión, estado civil, situación doméstica, etc.) de los individuos.

— el uso estratégico de la identidad (y su eficacia simbólica), así como la multiplicidad y contraste de los intereses (objetivos y subjetivos) en juego que lo definen en cada momento y en función del sistema de condiciones objetivas que los estructuran.

— los efectos que este uso estratégico tiene sobre la estructuración del recuerdo (reconocimiento y valoración positiva/negativa de unos u otros hechos), además de los que se derivan de la estructura discursiva del relato.

— la yuxtaposición de temporalidades distintas.

Estas características determinan las diversas dimensiones que un estudio de la construcción de la identidad y la subjetividad individual y grupal en este contexto debe considerar, y que pueden quedar notablemente reducidas si se activan los presupuestos del enfoque biográfico que hemos ido repasando más arriba. Planteada a grandes rasgos nuestra perspectiva sobre la sociología en cuanto que disciplina científica o teórica, quisiéramos indicar ahora cómo se plasma esta posición en nuestra construcción del objeto de estudio y, muy concretamente, en relación a los dos aspectos de la obra de Ferrarotti que hemos subrayado: la manera en que entendemos la identidad y/o subjetividad, y los problemas metodológicos que esta posición plantea, es decir, nuestra actitud respecto de las entrevistas, fuente de los discursos autobiográficos, así como el modo en que entendemos el «punto de saturación» o la relación entre el discurso autobiográfico del colectivo y los discursos autobiográficos singulares.

La construcción de la persona

En nuestro trabajo dirigimos especialmente la atención a los procesos de construcción simbólica y social de la identidad, que abordamos a través de tres líneas fundamentales de investigación: el marco institucional, la fabricación de la cultura grupal y la construcción de la persona. Al hablar de «construcción de la persona» no nos referimos al concepto de «personalidad» ni nos planteamos su génesis. Lo enfocamos en el sentido de «identidad y subjetividad personal», entendidas no como algo individual, sino como una construcción que pone en juego tanto hechos individuales como hechos colectivos. La articulación personal es menos algo dado, acumulativo y sustancial que producto lábil, situacional, precario, de una confrontación (definida por características estructurales) entre elementos presentes y pasados, no sólo simbólicos sino también sociales.

La identidad y subjetividad de la persona se construyen, pues, **en situación**, que abarca desde los aspectos estructurales hasta los propios de la interacción: en nuestro caso, variables que definen socialmente a los individuos (edad, género, lugar de residencia y hábitat, posición en el espacio social, cultural y económico, situación familiar, laboral y política); circunstancias históri-

cas y marco institucional (partidos y sistema socio-político, asociaciones, etc.); sistemas de relaciones sociales y estructura jerárquica; condicionantes culturales (idioma, normas, valores, imágenes); características de las interacciones (agentes, condiciones, formas verbales y no verbales, etc.); expectativas presentes y futuras (jubilación, problemas cotidianos); asuntos en juego respecto de los cuales los agentes están en una determinada posición (asuntos entre los que aparecen algunos de los aspectos que definen la situación, como, por ejemplo, el idioma, la situación legal o el retorno). Aunque todos estos elementos puedan intervenir, no todos tienen el mismo peso, ya que tanto las interacciones como los asuntos en juego son construidos a su vez por las variables sociológicas.

En toda construcción de la identidad y la subjetividad personales en situación se movilizan imágenes, temas, arquetipos y diversos recursos retóricos, variables según las características de las circunstancias, de los asuntos en juego y de las personas que interactúan (investigadores, representantes de instituciones, compañeros), del momento de la trayectoria, del desarrollo de las situaciones, etc. En nuestra investigación, adquiere un particular interés la reconstrucción del pasado (más concretamente, acontecimientos muchas veces estereotipados, como la salida de España, la separación del medio familiar, la estancia en las Casas de Niños, la evacuación durante la Segunda Guerra Mundial, el franquismo...), la proyección del futuro (en donde se elaboran retóricamente los temas del «retorno», la «muerte», la «familia», la «patria»...), algunos temas relativos a las culturas hispana y rusa (características como la «generosidad», la «curiosidad» y/o aceptación del otro, etc.) o el tópico de las semejanzas históricas y culturales entre uno y otro pueblo (la respuesta similar ante las invasiones napoleónicas, por ejemplo), la evocación de notables personajes históricos en relación con sus experiencias personales (Stalin, Makarenko...).

Dos grandes ejes nos parece que orientan la reflexión que se desprende de estas consideraciones sobre la construcción de la persona, articulando para nosotros lo que más arriba denominábamos la «tensión autobiográfica»:

— en primer lugar, el que marca la dinámica entre el grupo o los grupos y los individuos. Existen pautas o variables sociológicas e históricas comunes que condicionan aquella cons-

trucción: el proceso de socialización y de inserción en el país receptor es, en este sentido, específico y relativamente común a todo nuestro colectivo. Además, si la historia de los agentes sociales no es en ningún caso únicamente la de unos individuos (la de sus experiencias y circunstancias considerados aisladamente), **a fortiori** la de los «niños de la guerra» se presenta como un producto histórico en el que los hechos personales están íntimamente ligados a los acontecimientos históricos y a la estructura social, económica y política de los países receptor y de origen durante los últimos 55 años. Pero, a pesar de ello, resulta importante no perder el carácter particular de las trayectorias (sin llegar a considerarlas, no obstante, como «singularidad universalizante» a la manera de Ferrarotti). De hecho, se puede advertir la progresiva constitución de grupos notablemente diferentes dentro del conjunto de los «niños de la guerra»: aquellos que volvieron a España en 1956-1957 y se incorporaron con muchas dificultades en la vida española de la dictadura (problemas de convalidación de títulos, de incorporación a trabajos, de adaptación a familias que habían dejado hacía veinte años cuando aún eran niños, problemas con las autoridades —de España o EEUU— que sospechaban de quienes volvían tras una larga socialización bajo el sistema soviético, difícil inserción de las mujeres con estudios superiores en una sociedad que no contemplaba el trabajo femenino fuera del hogar, adecuación a las pautas de conducta, al nivel cultural, etc.¹⁸); quienes han ido volviendo intermitentemente durante los últimos años y se alojan transitoriamente en una Residencia preparada especialmente para ellos en Alalpardo (Madrid) o por cuenta propia; quienes permanecen actualmente en Rusia (fundamentalmente en Moscú y San Petersburgo). Los elementos identitarios, la construcción subjetiva del pasado, la relación de unos y otros acontecimientos, etc. es muy diferente en cada caso. Siguiendo esta línea de diversificación nos percatamos con facilidad de que el tratamiento del colectivo de los «niños de la guerra» como un grupo homogéneo es falaz, y que en realidad debe respetarse la dinámica entre pautas y variables comunes, de un lado, y una diversidad de trayectorias que, en el otro extremo, puede llevarnos a la consideración de individuos aislados (después de la estancia en las «casas de jóvenes» las trayectorias comienzan a diversificarse de tal modo, en

función de la ocupación —estudios o trabajo—, los lugares de residencia, la vinculación con el Partido, el tipo de matrimonio —endogámico o mixto—, etc. que la constitución de «grupos» en función de sucesos como la fecha de regreso a España puede resultar engañosa).

— la dinámica entre discurso y realidad, o entre hechos objetivos y reconstrucción individual y grupal de los acontecimientos (que hasta cierto punto resulta ser la dinámica entre pasado y presente). De un lado, sabemos de los problemas que plantea al investigador el uso de unos discursos que tienden a reificar las imágenes y demás componentes de la identidad y subjetividad de los agentes; en este sentido, no debemos otorgar a esas reconstrucciones, que en muchos casos responden a intereses determinados y remiten a condiciones objetivas (modalidades del regreso a España, situación económica de los agentes, problemas con la Administración española o rusa con respecto a las pensiones, etc.), el valor de informes sobre experiencias incondicionadas con los que podría llevarse a cabo un análisis interno. Pero, como hemos indicado, esto no debe conducir a ignorar tales construcciones discursivas, sino a reinsertarlas en los juegos donde son utilizadas por los agentes: además de ser la principal vía de acceso a la historia de los «niños de la guerra», tales reelaboraciones (los temas, las imágenes, las figuras retóricas, las anécdotas estereotipadas, las tramas argumentales, etc.) son efectivamente movilizadas en situaciones determinadas.

Cuestiones de metodología

Con los objetivos de investigación que nos hemos marcado, y considerando las dificultades y los riesgos que supone trabajar con el material de que disponemos, nos parece deseable que la situación de entrevista logre romper el formalismo con que tantas veces se ve asociado el uso de esta técnica en sociología. Recuperar, en este sentido, un nivel de conversación, unas formas y una actitud, por parte de investigadores y agentes, que con frecuencia se dan en la vida ordinaria. El nivel al que nos referimos pensamos que queda mejor indicado en algunos apuntes metodológicos de Bourdieu que en las páginas del «cualitativismo» que hemos considerado más arriba: antes que el respeto sagrado

por el discurso del informante, de que habla Ferrarotti, preferimos el tipo de escucha y de participación en la conversación que recomienda el sociólogo francés: «...siendo esta participación con la que uno se compromete en la conversación, comprometiéndose así a su interlocutor a comprometerse en ella, lo que más claramente distingue a la conversación ordinaria, o a la entrevista tal y como la hemos practicado, de la entrevista en la que el investigador, por un prurito de neutralidad, se prohíbe todo compromiso personal»¹⁹.

No podemos decir que la situación de entrevista produzca, en nuestro caso, unas disposiciones o permita la producción de un discurso de otro modo silenciado. Nuestra demanda encuentra, más bien, un eco natural en los agentes, una disposición ya dada, convencidos como están de la importancia y el valor que tiene su historia, en torno a la cuál reflexionan y producen discursos en sus encuentros cotidianos²⁰. Dadas las características de la investigación debemos tener en cuenta, entonces, los riesgos de una entrevista que se desarrolla sin una voluntad de control por parte del investigador. No sólo porque éste tiene efectivamente sus intereses de investigación, que deben marcar en definitiva el transcurso de las entrevistas, sino porque, además, es preciso considerar la situación social misma que supone cada entrevista. Durante el desarrollo de ésta no se produce un discurso privilegiado, porque no pensamos en una situación de comunicación singular²¹.

En nuestro estudio, algunos informantes se dirigen al investigador como alguien a quien se le supone una situación institucional que les resultaría ventajosa (para resolver más rápidamente los trámites de residencia o pensiones, por ejemplo, o para dar a conocer el caso en general). Sea por estas razones, o por el refuerzo narcisista que en casi todos ellos supone la aceptación incondicional del entrevistador, la entrevista sirve, entonces, para que el discurso del sujeto domine totalmente la situación, con todas las ventajas que esto tiene (de cara a la obtención de información), pero también con todos los inconvenientes de enquistamiento de la narración en determinados tópicos o imágenes. Es necesario, por tanto, en ocasiones intervenir más allá del nivel de escucha y compromiso apuntado más arriba, a través de preguntas o comentarios que persiguen revelar todas las dimensiones, incluso aleatorias y contradicto-

rias, del discurso. Para nosotros, pues, la entrevista debe, al menos en este caso, combinar las intervenciones directivas con la escucha no-directiva.

De otro lado, aceptamos como problema la cuestión de la representatividad. Las historias de vida no nos interesan en sí mismas, como sucede en el «enfoque biográfico», pues no las consideramos «síntesis», sino que aparecen enmarcadas en un entrelazamiento de variables más complejo y junto con los datos producidos por otras técnicas. En la medida en que nos interesamos por lo que de común pueda haber en las trayectorias, por las dimensiones estructurales que puedan dar razón de ello, nos preocupa la representatividad de las historias narradas.

Pero, al mismo tiempo, dado que nuestro objetivo radica en un colectivo como el de los «niños de la guerra», al que caracteriza en gran medida su diversidad interna, entendemos que el «punto de saturación» tardará más tiempo en alcanzarse, y que el producto final no será un discurso o una trayectoria común del grupo, sino la dialéctica entre las pautas comunes de los discursos y las diferentes singularidades de trayectorias colectivas o individuales.

Conclusiones

Las dificultades y los problemas planteados por la construcción del objeto, por la delimitación teórica de lo que sólo en apariencia es un colectivo homogéneo y el cuestionamiento de lo que aparece a simple vista como una identidad individual y colectiva singular, definida de una vez por todas, así como el planteamiento de los diversos aspectos de aquella problemática teórica de la subjetividad (a través de reflexiones sobre sus diferentes dimensiones relacionales: pasado-presente, discurso-realidad, individuo-colectivo, informante-investigador, etc.), caracterizan esta fase de la investigación, en la que se ha tratado de evitar fundamentalmente cuatro grandes deslizamientos o distorsiones:

— la transformación de la identidad y/o la subjetividad en una sustancia, un elemento originario, un proyecto creador e increado. Relacionado con esto, la conversión de la vida de los sujetos estudiados en una «historia» cerrada y

relatada (mediante la conversión de técnicas de estudio como la historia de vida en relatos de lo vivido, y la asimilación de la experiencia vivida con la experiencia relatada).

— la confusión de las prácticas con actividades hermenéuticas, o su reducción a rituales conmemorativos o constitutivos de una identidad aporreada, pasando por alto todos los rasgos propios de la práctica, es decir, su multidimensionalidad, su tensión, su apertura, inmediatez y **tempo** propios, su carácter mediado, contextual y situacional, producto del momento y del campo social en el que se desenvuelve.

— la conversión de los actos de habla, de los diversos juegos de lenguaje (con sus diferentes objetos en juego), en textos. Es decir, la anulación de todas las características que los actos de habla (particularmente los intercambios lingüísticos con el investigador) comparten con el resto de prácticas, y su transformación en unidades cerradas de significación, animadas tan sólo por una voluntad interpretativa o cognoscitiva, y ofrecidas a la voluntad descifradora del investigador intérprete.

— la transformación de la técnica de investigación en una especie de diálogo natural entre sujetos, un intercambio personalista o intersubjetivo, en donde el valor otorgado a las dimensiones intelectuales y/o afectivas de la relación esconde la disimetría específica (e inevitable) entre informante e investigador, disimetría que produce la sola ruptura epistemológica con el mundo de sentido común que exige la teoría.

Ahora bien, la atención a estos deslizamientos contra los cuales hemos debido desarrollar nuestra elaboración teórica, es especialmente importante porque revelan como en negativo la lógica estructural de una concepción de las ciencias sociales (en muchas ocasiones aceptada implícitamente por las investigaciones empíricas) que encierra, en realidad, su potencial o efectiva negación (podríamos hablar, en este sentido, de una distorsión sistemática, en la que un supuesto no analizado conduce de manera casi inevitable al otro). De ahí que la reflexión metodológica que nuestro trabajo ha activado desemboque, en definitiva, en una revisión más general del estatuto que a la sociología le otorgan o le niegan los partidarios del «enfoque biográfico» o, en general, el llamado «cualitativismo».

NOTAS

¹ Las reflexiones que conforman este artículo son el producto de un trabajo colectivo. Para su redacción hemos procedido de la siguiente manera: a partir de los diferentes temas planteados por el grupo, Alvaro Pazos se encargó de redactar el texto inicial, que posteriormente fue discutido y corregido de nuevo por todo el grupo.

² Incluidas dimensiones de las que los testimonios escritos u oficiales no pueden dar cuenta.

³ «Las líneas generales del método progresivo-regresivo de Sartre para una ciencia social de la biografía son muy conocidas: una lectura vertical y horizontal de la biografía y del sistema social; un movimiento heurístico “hacia atrás y hacia adelante” de la biografía al sistema social, del sistema social a la biografía. La soldadura de este doble movimiento significa la reconstrucción exhaustiva de las totalizaciones recíprocas que expresan las relaciones mediadas, dialécticas entre una sociedad y un individuo específico. El conocimiento integral de la primera supone, por tanto, el conocimiento integral del segundo. El colectivo social y el singular universal se arrojan luz mutuamente. El esfuerzo para comprender una biografía en toda su unicidad, sobre la base de lo que plantea la tesis sexta sobre Feuerbach, equivale al esfuerzo por interpretar el sistema social» (1993: 123-124).

⁴ En este sentido, el lenguaje usado, de las «totalizaciones recíprocas» de sociedad e individuo, contribuye muy poco a determinar esta relación.

⁵ «Cada uno de los individuos no totaliza directamente la sociedad entera. La totaliza por la mediación de su contexto social inmediato, de los grupos pequeños de los que forma parte; pero estos grupos son, a su vez, agentes sociales activos que totalizan su contexto... De manera similar, la sociedad totaliza a cada individuo específico por mediación de instituciones que focalizan con una especificidad creciente respecto al individuo. La progresión heurística simultánea, desde una biografía a la sociedad y de la sociedad a una biografía, implica, consiguientemente, una teoría, una tipología de las mediaciones sociales que son los campos activos de las totalizaciones recíprocas. Debemos establecer, como Sartre dice, una jerarquía de estas regiones de mediación» (1993: 125).

⁶ «Si nuestra hipótesis de trabajo tiene algún valor, la renovación del método biográfico puede necesitar una nueva teoría de la acción social. Esta teoría no estaría basada en la acción de uno o más agentes individuales, sino más bien en la acción de una *totalidad social*, el *grupo pequeño*, leído a través de modelos no mecanicistas, sino “antropomórficos”» (op. cit., 128).

⁷ La sociología estudiaría esas «mediaciones» entre sociedad e individuo, pero también sería «ciencia de mediaciones» en cuanto que traduce «las estructuras sociales en comportamientos individuales o microsociales» (1982: 127).

⁸ «Resulta obvio que observador y observado se encuentran aún enfrentados, pero sus dos realidades no son extrañas o incompatibles; se colocan sobre un terreno de paridad sustancial. El insustituible instrumento de investigación para el sociólogo es entonces su propia experiencia de *hombre social*, o sea de hombre que participa *in toto* de aquella realidad en la que está indagando. El está en situación de comprender sólo después de haber oído, sobre la base de toda su experiencia, en la interioridad de su ecuación personal» (1991: 144). Esta consideración del valor sociológico de las prenociones es aún más evidente en algunos trabajos de Bertaux, como «De la perspectiva de la historia de vida

a la transformación de la práctica sociológica» (en MARINAS y SANTAMARINA, op. cit., 19-34).

⁹ Una comunicación «correcta no sólo metodológicamente, sino también humanamente significativa (no siendo esta significatividad un añadido facultativo moralizante, sino parte integrante y garantizada de la corrección metodológica)» (1983, 46).

¹⁰ «Debemos abandonar el privilegio aportado a los materiales biográficos secundarios. Debemos reconducir al corazón mismo del método biográfico los materiales primarios y su subjetividad explosiva. Nuestro interés no se dirige sólo a la riqueza objetiva del material biográfico primario sino, sobre todo, a su *pregnancia subjetiva* en el cuadro de una comunicación interpersonal compleja y *recíproca* entre el narrador y el observador» (1983: cursiva del autor 49-50).

¹¹ «Contar la propia vida no es necesariamente un idilio. Es una operación arriesgada y a menudo penosa. La interacción que ella implica no es casi nunca un regalo de circunstancias afortunadas (...). Desde siempre he cultivado e involuntariamente alimentado en mí un sentido religioso en recoger los testimonios autobiográficos; un sentimiento que roza el temor de una profanación. El interlocutor no es simplemente un "objeto de investigación"; es un ser humano que se confía, que te brinda su vida en la mano» (1990: 149).

¹² Un planteamiento similar de esta temática en el ámbito cercano de la reflexión historiográfica se puede encontrar en LEVI (1989). Sobre las relaciones entre sociología e historia véase también BOURDIEU (1995).

¹³ «L'illusion biographique», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63, 1986.

¹⁴ «Me parece que la biografía constituye, en este sentido, el lugar ideal para verificar el carácter intersticial —y, sin embargo, importante— de la libertad de que disponen los agentes, como para observar la manera en que funcionan concretamente unos sistemas normativos que nunca están exentos de contradicciones» (op. cit.: 1333-1334). Estas apreciaciones sobre las incoherencias entre normas, que permiten la diversificación de las prácticas, pretenden ser el principio de una explicación de la variabilidad y el cambio de las prácticas, que otras perspectivas más deterministas, como la de Bourdieu, no recogerían (pág. 1334). Para una crítica similar, véase GRIGNON y PASSERON (1991).

¹⁵ Se puede comprobar que la exposición clásica de VON WRIGHT (1979) trata de escapar constantemente por diferentes medios de la simplificación que el argumento y el título mismo de la obra tienden a producir como efecto no deseado.

¹⁶ Véanse las críticas de teoreticismo que Bertaux dedica a Bourdieu y que, además de errar al equiparar la noción de teoría que manejan los autores de *El oficio de sociólogo* con la de las «grandes teorías» de que habla WRIGHT MILLS parecen derivar, como hemos visto, hacia una defensa ingenua (cuando no temeraria), de la sociología espontánea (169-170).

¹⁷ (ZAFRA, CREGO, HEREDIA, 1989) (LEGARRETA, 1984) (FERNÁNDEZ, 1990).

¹⁸ De hecho, algunos regresaron al poco tiempo a la URSS.

¹⁹ Pierre BOURDIEU (1993: 917); en general, véanse, págs. 903-925.

²⁰ Una buena prueba de ello es la cantidad de memorias escritas por los propios «niños», así como la aparición de muchos de ellos en los medios de comunicación.

²¹ Con frecuencia, el «cualitativismo» entiende que el discurso recogido gracias a sus técnicas es de un género especial, y no el producto de lo que son en buena medida actos de habla, esto es, situaciones sociales en que los agentes pueden estar apostando por lo mismo y desarrollando las mismas estrategias que en las situaciones de la vida cotidiana.

BIBLIOGRAFÍA

- BERTAUX, D. (1983): «La perspectiva biográfica: validez teórica y potencialidades», en MARINAS, J. M. y SANTAMARINA, C. (eds.), *La historia oral: métodos y experiencias*, Madrid, Debate, 1993.
- : «De la perspectiva de la historia de vida a la transformación de la práctica sociológica», en *Ibid.*
- BOURDIEU, P. (1986): «L'illusion biographique», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 62-63.
- (1980): *El sentido práctico*, Madrid, Taurus, 1991.
- (dir.) (1993): *La misère du monde*, París, Seuil.
- (1995): «Sur les rapports entre la sociologie et l'histoire en Allemagne et en France. Entretien avec Lutz Raphael», en *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 106-107.
- FERNÁNDEZ, J. (1990): *Mi infancia en Moscú*, Madrid, Ediciones del Museo Universal.
- FERRAROTTI, F. (1979): «Acerca de la autonomía del método biográfico», en DUVIGNAUD, J. (comp.), *Sociología del conocimiento*, México, FCE, 1982.
- (1993): «Sobre la autonomía del método biográfico», en MARINAS, J. M., y SANTAMARINA, C., *Op. cit.*
- (1983): *Histoire et histoires de vie*, París, Librairie des Méridiens.
- (1986): *La historia y lo cotidiano*, Barcelona, Península, 1990.
- GRIGNON, C. y PASSERON, J.-P. (1991): *Lo culto y lo popular*, Nueva Visión, BBAA.
- LEGARRETA, D. (1984): *The Guernica Generation. Basque Refugee Children of the Spanish Civil War*, Reno, Univ. of Nevada Press.
- LEVI, G. (1989): «Les usages de la biographie», en *Annales ESC*, n.º 6.
- VON WRIGHT, G. H. (1979): *Explicación y comprensión*, Madrid, Alianza.
- ZAFRA, E., CREGO, R., HEREDIA, C. (1989): *Los niños españoles evacuados a la URSS (1937)*, Madrid, Ediciones de la Torre.